

CRITICA TEATRAL.—

"¡Esta Señorita Trini!"

La obra de Carmen Barros y Luis A. Heiremans fué recibida en su primera salida, a una navegación que auguramos larga, con abundantes y justas muestras de encomio. No es difícil advertir cuándo el aplauso está movido por la buena educación o cuándo proviene del contacto afectivo entre escenario y sala. "¡Esta señorita Trini!" conquistó a los espectadores desde las primeras escenas.

El teatro es acaso de todas las artes la más paradójica y contradictoria. Esta obra, llamada comedia musical por sus autores, me parece, en cuanto a los valores intrínsecos, cosa frágil, desprovista de consistencia. Su asunto es manido, sus situaciones previsibles, sus características indefinidas desde el punto de vista teatral, a pesar del inteligente y discutible proemio explicatorio del programa.

Sin embargo...

Nada de ello cuenta en sus efectos. Las diversas facetas de la obra y de la representación se funden de tal modo, que el resultado es felicísimo.

He ahí el secreto. Armonía. Si cualquiera de los elementos destacara demasiado sobre el resto, el resultado sería distinto y no tan encomiable. Los cantantes improvisados—salvo, por supuesto, alguna excepción—no soportarían una música de más envergadura. A su vez, el texto, ligero, intrascendental y libre de todo exceso de vulgaridad o mal gusto, va bien a esa música.

Otra razón del éxito debe verse en la agilidad intelectual de Heiremans para mantenerse en un dominio genuino y verdadero con relación a los personajes y al clima espiritual de la obra. No se trata de tipos de excesiva entidad; su naturaleza escénica es—en congruencia con el carácter de la comedia—frágil también y de escasa sustancia. Pero, aun considerando el leve abultamiento de líneas, son auténticos y constituyen remedo irónico de ciertas formas de vida de un pasado inmediato.

Los personajes están más logrados cuanto más cómicos y más cercanos a lo grotesco. En general la obra entera se levanta sobre el seguro andamiaje de la caricatura escénica y le conviene por ello mismo el nombre de sainete, más que el de comedia musical.

No podríamos separar algunos de esos tipos de la interpretación, pues en ésta logran su entera plenitud y su sentido. Digamos que la obra toda tiene en la dirección de Eugenio Dittborn y en la excelente escenografía y trajes de Bernardo Trumper los factores que unifican y dan estilo al conjunto. Sin extremar la nota, se utilizan los movimientos grupales y el diseño de una actuación con ritmos que insinúan simetrías y dinamismos de ballet.

Las escenas en que intervienen Violeta (Maruja Cifuentes), Encarnación (Gabriela Montes) y Tránsito (María Valle), poseen gran comicidad. Otro punto alto se obtiene en el fino y expresivo dúo de Violeta y Eulogio (Justo Ugarte). Maruja Cifuentes, tan deformada en sus reales talentos por el pecaminoso radioteatro, hace aquí un trabajo tan pulcro, inteligente e inspirado, que obliga a lamentar su ausencia de desempeños y tareas de más jerarquía.

Carmen Barros en el papel de Milagros, exhibe una rica y dúctil capacidad artística como cantante y comedianta. Su lejanía de los escenarios nacionales no ha sido vana. Se advierte en ella mayor experiencia, mayor madurez. Silvia Piñero, como la extravagante Mme. Grigorieva, tiene abundantes ocasiones para exhibir sus capacidades histriónicas y su intuición de actriz cómica sin paralelo casi en nuestra escena.

Sería necesario citar a todos los que intervienen en esta obra. A Nelly Meruane, que poco a poco se impone con su fervorosa vocación, a Elena Moreno, a Mario Montilles, a Charles Beecher, víctima del papel menos lucido y de la canción de inspiración más pobre. Precisamente, el acto en que Beecher, como galán, ha de actuar en forma predominante (el 2.º), es el menos logrado. El tango y la intervención de los pelusas quiebran un poco el buen tono, la gracia espontánea y la sencillez de la comedia.

Pero son reparos de escasa importancia. "¡Esta señorita Trini!" es un delicioso baño de optimismo, y al cronista sólo le queda recomendarla a quienes deseen pasar una jornada de regocijo.

Señalemos, finalmente, que la dirección musical corresponde a Diego García de Paredes, el orquestador de la música inspirada y fresca de Carmen Barros es Don Roy, y la coreografía de Joaquín Frowin.

Critilo